

# A las ruinas de Medina Azahara

## ELEGIA

Al campo que al poniente,  
de la sierra aledaño,  
se pliega en su vertiente  
y un mar en calma en su ondular semeja,  
llámase hogaño,  
el cortijo de Córdoba la Vieja.  
Cubren sus tierras la ciudad que antaño,  
un Omeya ofrendó a su favorita,  
y es hoy un campo en que la espiga grana  
y bordan la amapola y margarita.  
La ciudad del amor y de las flores  
la llamaron los viejos trovadores.

A meditar sobre la gloria humana,  
la soledad convida que allí flota.  
Surge de esas ruinas una nota,  
trémolo de una voz, siglos lejana.  
Es de Azahra un lamento  
que trae y lleva el viento  
entre esquilas de ovejas y de cabras,  
que roen el sarmiento  
a columnas de mármol abrazado,  
truncos fustes, con árabes palabras,  
que entrelazan artístico trenzado.  
«Ben Mohamed Annassir». Príncipe amado,  
dice oculto renglón  
con cúfica inscripción  
en capitel labrado.  
Tu grandeza Annassir, Allah la quiso,  
y al volver a tu Allah ileno de fama,  
vió ocultarse su sol el paraiso  
que hoy cubre la grama.

Dame Azahra tu mano.  
 Huele a frescos jazmines,  
 y a esos ricos y espléndidos palacios  
 de tu fiel soberano,  
 tachonados de perlas y topacios  
 me llevarás cruzando sus jardines.  
 Dame Azahra tu mano  
 que es de jazmines.

Surgen fulgores que la vista ciegan,  
 reflejos del azogue de las fuentes,  
 las cúpulas doradas,  
 los muros florecientes  
 de rosas y de acantós que se pliegan  
 formando mil volutas  
 de mármol y alabastros transparentes,  
 leyendas del Corán, suras sagradas,  
 escondidas enjutas,  
 policromados frisos,  
 de flores de narcisos;  
 son milagros del Genio de Aladino  
 que en la sierra, morena,  
 como el seno ambarino  
 de una esclava agarena,  
 labró en mármol y en piedra un jardín, para  
 la soñadora Azahra.

Dame Azahra tu mano  
 que es de jazmines.  
 Llévame a tus jardines,  
 que ya declina el véspero temprano  
 y el sol apenas apuntó en Oriente.  
 Tus mil esclavas, las de erguidos senos,  
 ya invaden los caminos de azahr llenos  
 vistiendo leve gasa transparente  
 traída de Catay en caravanas,  
 y sus cuerpos de amores abrasados,  
 con ámbares y rosas perfumados  
 aroman el ambiente,

al salir de los baños las mañanas,  
y a sus manos gacelas y palomas  
a comer bajan de las verdes lomas  
como amantes hermanas.

Suenan trompas lejanas.  
La guardia eslava forma en la llanura.  
Con su veste talar bordada en oro,  
y la espada esmaltada, un tesoro,  
aparece Annassir. ¡Regia figural  
En el trono se sienta en la terraza  
y a visires y hulemas,  
su corte entera, con su vista abraza,  
y la mira pasar, indiferente  
a cumplidas zalemas.  
Solo en su amada piensa,  
que desde rico pabellón de fuente,  
ve a paloma indefensa  
de un halcón en las garras apresada.  
Gigante esclavo, nubio y halconero,  
lanzólo a la bandada  
desde una almena del torreón fronterero.

Un Cadí y gran poeta,  
le da la bienvenida,  
y adulator le canta esta casida  
luz llamándole y rayo del Profeta.  
«El sándalo ha quemado ya la noche.  
El alcanfor brilló de nueva aurora,  
el manto de capuz rompió su broche  
y eres tu mi Annassir, el sol que dora.  
Traen las alas del viento en su rocío,  
tus glorias de batallas, y tu espada  
fulge con sangre de héroes manchada.  
Para tí mirra el pebetero quema  
de tu ingenio inmortal y de tu brío».

Le regala Annassir una sortija  
de oro labrada y con precisa gema,  
y que tu gusto, dijo, elija,

de mis cuabras, el más veloz caballo,  
 y del serrallo,  
 una núbil esclava,  
 virgen, rúbia, tan blanca y tan hermosa  
 cual Florinda La Cava.  
 Haciendo una zalema  
 el poeta muy ufano  
 fué a perderse en la corte bulliciosa.

Dame Azahra tu mano.  
 ¡La siento helada!  
 ¡Un esqueleto es ya! ¡Quién lo dijera!  
 Lo que imperio fué ayer, gloria altanera  
 es hoy polvo de siglos, mito, nada.  
 Del hueco de las piedras,  
 cuelgan trenzas de yedras.  
 Los bellos capiteles,  
 columnas, arcos y dinteles,  
 la pezuña profana  
 de manadas de toros y lebreles.  
 Tapiza el jaramago el salón real.  
 Su rota fuente ha siglos que no mana.  
 ¡Clepsidra de fontana  
 que Azahra siempre oía  
 por linda celosía  
 de su lecho imperial!  
 Pasaron dioses, razas y naciones,  
 en aligeros, fieros escuadrones.  
 Pasó la horda africana  
 y jardines taló,  
 y palacios quemó  
 arrasando la ciudad califal.  
 Hoy, como homenaje  
 a la gloria Annassir de tus cinceles,  
 en ese mismo y ubérrimo paisaje  
 brotan entre el olivo y el follaje  
 verdes ramas perennes de laureles.

¡Y es eterno ese campo de elegía  
 con su cegante luz, calma y color!

Solo el silencio rompe algún pastor  
que su rebaño guía,  
la honda que restalla  
y a la liebre despierta que dormía  
bajo una piedra de arabesca talla,  
y el andaluz y desgarrado canto  
que es entre las ruinas treno y llanto.

Recorta el cielo allende,  
de Almodóvar el gótico castillo.  
La fértil vega su llanura extiende.  
Cinta es el río de argentado brillo,  
y aun la Aljama a su cristal se asoma  
llorando a aquella Roma,  
trágica y señorial Medina Azahra  
con que solo la historia la compara.

*Vicente Orti Belmonte.*

---

## El pintor Francisco Pompey

---

Años 1908 y 1947. Han transcurrido casi cuarenta entre estas dos fechas. En la primera, fué cuando conocí e intimé con Pompey, en el ya famoso e histórico cenáculo del café de Levante, de la calle Arenal de Madrid. En la segunda, fué nuestro nuevo encuentro con ocasión que exponía en el salón Maravini, de la Carrera de San Jerónimo. Habíamos estado muchos años sin comunicarnos y alejados por caminos distintos de la vida. El marchó a Roma y después se estableció en París, y yo estudiante de Filosofía y Letras seguí la carrera del profesorado y la vida provinciana y el hogar fueron el término de aquellos años juveniles de dorada bohemia.

¡Café de Levante de la calle Arenal de Madrid! Hoy pasa por mi imaginación como un diorama aquella peña de literatos y artistas de la llamada generación del 98, entonces ya triunfante. El gran don